

ALCIDES JOLLIVET.

Eran las cuatro de la tarde casi, y disponia yo lo necesario para que á la mañana siguiente tuviese un barco que me llevase á Stamtadt, cuando entró en mi cuarto mi nuevo amigo Jollivet.

— Poco á poco, me dijo. No os machareis así: sabeis que tengo que ajustar unas cuentas con mi *goddem*.

— ¡Bah! ¡bah! le dije, creia que ya habiais olvidado aquella ridícula cuestion.

— ¡Gracias! ¿Con que os tiran una botella á la cabeza sin decir allá va eso, y lo dejareis así? Entonces no conoceis á Alcides Jollivet.

— Veamos, sentaos y hablemos.

— Con mucho gusto; pero si yo os hiciese subir una copita de kirsch.....

— Lo tengo yo muy bueno; aguardad un poco.

— No, no os incomodeis que ya lo veo.... ¿y vasos?... Tambien tenemos vasos: ahora predicad, que yo ya os escucho.

— Y bien, querido compatricio, ¿creeis que el

insulto que habeis hecho ó recibido es bastante serio para matar á un hombre ó para que un hombre os mate? ¡Veamos!

— Escuchad, dijo Jollivet paladeando su copita, yo soy un buen muchacho (es famoso el kirsch que teneis), yo no soy capaz de alligir ni á un niño, yo no soy quimerista ¡porque no sé batirme, ¿dónde lo habeis comprado?

— Aquí mismo.

— ¿En el Caballo Blanco?

— Sí.

— ¡Ah! el tio Franc no me ha dado nunca de esta clase: me quejaré á Catalina. Convengo en que si la disputa hubiese sido con un francés, la cosa pasaria de otro modo; porque entre compatriotas nadie debe meterse, y las cosas se hablan y arreglan; pero con un inglés.... ¡Ya veis! además yo no puedo sufrir á esos Ingleses, hicieron morir á mi emperador. ¡Con un inglés! ya es otra cosa, tanto mas que allí habia alemanes, rusos, polacos, del Africa y la América, ¿qué sé yo? ¡y luego se diria en las cuatro partes del mundo que los Franceses han quedado debajo! ¡Oh! ¡eso no, no será! En Francia bueno que retroceda un francés ante otro francés, nada hay que decir; ¡pero en el extranjero!.... cada uno de nosotros representa la Francia; si lo que me ha sucedido á mí os hubiera sucedido á vos, os batiriais, y sino, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viajero comisionista de París, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al dia siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se mur-

muraba de los Franceses. Allo allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me ac retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me ha detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahí van, poned vuestro recibo y da lme su pagaré.

— ¿Y vuestro amigo os los ha reembolsado desues?

— ¡Mi amigo! yo no le conocia; solamente él era de la calle de San Martín y yo de la de San Dionisio. El viajaba por negocios de vino, yo por sederia; son quinientos francos menos en mi bolsillo, pero quedó sin mancha el nombre francés.

— Sois un excelente jóven, le dije apretándole la mano.

— Si, sí, y me alegro de haberlo hecho: yo no tengo talento, no he recibido una grande educacion; no hago dramas como vos, porque os he reconocido al fin, además vuestro nombre es conocido en el *boulevard de San Martín*; pero tampoco hay ninguno que pueda darme lecciones en punto á aritmética: sé que dos y dos son cuatro, y que una botella tirada á la cabeza vale un pistoletazo.

— En efecto, es verdad, teneis razon.

— Es una felicidad, y no ha costado poco trabajo sacaros la verdad del cuerpo.

— Escuchad, le dije clavando en él mis ojos, yo no os conocia: á primera vista, disimuladme, no me habeis inspirado ni el interés ni la confianza que en este momento.

— No lo extraño, porque no gasto cumplimientos y tengo modales de viajero comisionista, ¿qué queris? es mi condicion; pero el corazon es sólido,

sin embargo, y por el honor nacional me dejaria hacer pedazos.

— En cuanto á lo que habeis dicho de nuestra conducta en el extranjero, soy de vuestra opinion. En un desafio fuera de Francia, un testigo... es un segundo, un padrino, es un hermano; y si el hombre á quien representa no se bate, es preciso que se bata él. Asi, reflexionadlo; cuando me hayais mezclado en el asunto, si no lo terminais, tendré que hacerlo yo.

— ¡Y bien! estad tranquilo, id á buscar al inglés, y arreglad las cosas con él como mejor os convenga, me direis despues lo que es preciso hacer, y lo haré.

— ¿Qué arma preferis?

— Ni sé manejar la espada ni la pistola, la única arma que manejo bien es la vara de medir; en esta no temo hallar quien me dé lecciones. Os parecerá chianza.

— No estamos aquí para chancearnos.

— ¿Tendreis serenidad en el campo?

— No puedo responder de esto, se me sube la sangre á la cabeza. Será preciso que estalle; pero os respondo que será hácia adelante.

— Por vida de... vaya un desafio tonto, exclamé yo dando una patada: vamos, vamos andando: y cuanto él quiera, ¿lo ois? desde la aguja de hacer calceta hasta el cañon.

— ¿En dónde vive?

— En la *Balanza*.

— ¿Y cómo se llama?

— Sir Roberto Losly Baronet.

— Pasad por el *Aguila* y llevad con vos al alemán, es un excelente sugeto y no me pesará que lo presencie.

- Está bien, aguardadme aquí.  
 — Escuchad, si os es lo mismo, subiré á mi cuarto á decir dos palabras á mi mujercita.  
 — ¿Sois casado?  
 — ¿Casado? Vaya, vaya.  
 — ¡Muy bien!  
 — Mirad, cuando volvais dad tres golpes en el techo con el palo de viaje y bajaré.  
 — ¡Bien! Dejadme solo el tiempo de arreglarme un poco.  
 — ¡Bah! estais así bien.  
 — Querido amigo, hay ciertas proposiciones que no pueden hacerse sin ir con camisa de chorrerra y guantes blancos.

— Teneis razon, que todo os salga bien. Y no cedais ni un paso, ni retrocedais una pulgada. Una satisfaccion ó una bala.

— Perded cuidado...

Me vesti pensando en aquella singular mezcla de expresiones vulgares y de elevados sentimientos. Ese tipo, que en vano se buscaria en cualquier otro país, y que es tan comun en Francia, me era ya conocido: pero jamás me habia puesto al alcance de estudiarlo tan de cerca. Desde este momento, á mas del interés real que me inspiraba aquel valiente jóven, tenia cierta curiosidad de anatomista. El autor dramático es como el médico, en todas las cosas ve el lado artístico á pesar suyo, y al mismo tiempo que el alma se interesa, tambien á su pesar su talento estudia. Triste es, sin duda, decirlo, pero en uno y en otro hay seca una parte del corazon; en el médico la que toca á la ciencia, en el poeta la que toca á la imaginacion.

Encontré al aleman en la posada del Aguila; ha-

bia dado su palabra, y en general las gentes de su nacion no se vuelven atrás; me acompañó á ver al inglés. — En la posada de la *Balanza*, preguntamos por sir Roberto, nos dijeron que estaba en el jardin, entramos en él. Apenas habíamos andado veinte pasos cuando lo encontramos en una calle. Ejercitábase en el tiro de la pistola, su criado cargaba las armas. Nos acercamos á él lentamente y sin ruido, y llegados á diez pasos de distancia, nos paramos. El inglés era muy fuerte en el manejo de la pistola; acertaba á una oblea pegada en la pared á veinte y cinco pasos de distancia.

— ¡Cristo! murmuró el aleman.

— ¡Diablos! exclamé yo.

— Perdon, señores, dijo sir Roberto, no os habia visto, estaba ejercitando mi mano.

— No la teneis mal, por los últimos tiros que acabais de disparar.

— No, no, yo estar bastante contento.

— Celebremos el encontraros en tan feliz disposicion, así concluiremos mas pronto el negocio que nos trae.

— Sí, sí, venis por lo de la botella, ¿no es esto? Muy bien, muy bien; os esperaba.

— Entonces, señor mio, no será larga la negociacion.

— No, será muy corta. Vuestro camarada desea batirse y yo tambien.

— Entonces, señor mio, enviadnos vuestros testigos, pues convenidos en el punto principal, ya no hay mas que arreglar las armas, lugar y hora.

— Sí, sí; á las siete estarán mis testigos en vuestro cuarto.

— Está bien, hasta la vista.

— Adios. — Jhon, vuelve á cargar las pistolas, y antes de salir del jardin, teniamos la prueba de que milord continuaba su ejercicio.

— ¿Sabéis, dije á mi compañero, que nuestro adversario tira muy bien la pistola?

— Ya, respondió el aleman.

— Quisiera tener pistolas de tiro, para ver al menos lo que sabe hacer nuestro hombre, vamos á casa de un armero, quizá las hallaremos.

— Yo tengo, respondió el aleman.

— ¿Y son buenas?

— De la marca de *Kuchensister*.

— Perfectamente, vamos á buscarlas.

— Vamos.

Volvimos á la posada del Aguila, el aleman sacó de su caja las pistolas, eran buenas; además el nombre del autor estaba escrito en letras de plata; incrustadas en el cañon á un lado.

— Ya os conozco, dije probando los gatillos; no sois tan brillantes como nuestros juguetes de París, ni tan delicadas como vuestras hermanas de Londres; pero sois buenas y seguras, y con tal que la mano que os apunte no tiemble, encajais una bala tan lejos y tan recta como si hubiéseis salido de los talleres de Versailles ó de las fábricas de Manchester. ¿Me permitís que me las lleve? pregunté al aleman.

— Podeis hacerlo.

— Hasta mañana á las siete.

— Hasta mañana.

Regresé á la posada bastante alarmado. El asunto se iba volviendo serio. El inglés habia estado tranquilo, digno y cortés. Era evidente que era un hombre que no solamente se batia, sino que tam-

bien sabia batirse. La ofensa era reciproca, por consiguiente no le tocaba á él elegir ó rehusar las armas; la suerte debia decidir, y si la suerte decidia que las armas fuesen pistolas, yo no veia probabilidad en favor de mi pobre compatriocio. Hallábame de pié delante de la mesa, dando vueltas y revueltas á los *Kuchensister*, sin poderme decidir á hacerle bajar. En fin, quise probar si eran tan buenas como con las que yo habia comenzado mi educacion; cargué las dos, y como mi ventana daba al jardin, apunté á un arbolillo á unos veinte pasos lejos, y disparé... la bala arrancó un pedazo de corteza.

— ¡Bravo! dijo una voz que salia de la ventana que habia encima, y reconocí á Jollivet: bravo, bravísimo, y se descollaba de su balcon para llegar al mio.

— ¿Qué demonios haceis?

— Tomo el camino mas corto.

— Pero vais á romperos la cabeza, querido amigo.

— ¡Yo! no soy tan niño; sé gimnástica, y me aprovecho de ella.

Al decir esto soltó la barra de hierro con que se sostenía, solo con una mano, y cayó en mi balcon.

— Vedme aquí y sin balancin.

— Por vida mia, que me causais miedo.

— ¿Y eso, porqué?

— Porque sois un niño travieso y nada mas.

— ¡Bah! en la ocasion seré hombre, perded cuidado. Y bien, ¿qué hay de nuevo?

— He visto á nuestro inglés.

— ¡Ah!

— Se batirá.

- Tanto mejor.
- Lo hemos encontrado en el jardín.
- ¿Y qué hacia allí? porque ha pasado el tiempo de la fresa.
- Tiraba la pistola.
- Es una diversion como cualquiera otra.
- ¿No me preguntais cómo tira?
- Mañana lo sabré.
- ¿Y vos? veamos, tomad esta pistola que está cargada.
- ¿Para qué?
- Para que yo vea lo que sabeis hacer.
- No paseis pena por eso, si nos batimos tiraré bastante cerca para no errarle.
- ¿Con que estais muy decidido?
- Ya empezais á estar pesado.
- Bueno, no hablemos mas de esto.
- ¿Y á qué hora?
- A las ocho, poco mas ó menos.
- Cuando me llamáreis bajaré, entretanto me vuelvo á mis amorios.

Y al decir estas palabras, se puso á trepar como una ardilla por el ángulo de mi ventana, y volvió á subir al balcón entrando en su cuarto.

Empleé el resto de la tarde en proporcionarme espadas y en prevenir un cirujano. Francesco se encargó por su parte de tener lista una lancha, y la alquilé para todo el dia. Al dia siguiente á las siete, el alemán estaba en mi cuarto, venian detrás de él los testigos de sir Roberto. Como yo lo habia previsto, se determinó que la suerte decidiese sobre las condiciones del desafío, y propúsose para sitio del combate una isleta inhabitada del golfo de Kuss-

nach. Arreglados estos preliminares se retiraron aquellos señores.

Llamé á Alcides como habíamos convenido dando con mi palo en el techo: Alcides respondió con el talon de su bota, y cinco minutos despues bajó. Se habia tambien vestido con esmero, porque habia oido lo que le dije el dia anterior, y quiso probarme que no lo habia olvidado; desgraciadamente su traje no estaba bien elegido para la ocasion en que iba á servirle. Llevaba un fraque con botones de metal cincelado, unos pantalones rayados, una corbata de seda negra y el cuello blanco.

— Vais á volver á subir á vuestro cuarto y mudaros enteramente de vestido.

— ¿Y eso, porqué? Todo es nuevo, flamante.

— Sí, estais elegante, pero las rayas del pantalon, los botones de vuestro fraque y el cuello de vuestra camisa son otros tantos blancos que es inútil presentar á vuestro adversario. Poncos si teneis un pantalon oscuro, una levita negra, y meted dentro el cuello de la camisa.

— Sí, todo eso tengo; pero me voy á retrasar mucho.

— Tranquilizaos, nos sobra el tiempo.

— ¿Y en dónde va á ser el lance?

— En la isleta de Kussnach.

— Dentro de un instante vuelvo á bajar.

En efecto, cinco minutos despues volvió con el vestido indicado.

— Ya estoy aquí, dijo: traje completo de un conductor de coches fúnebres, no me falta mas que una gasa en el sombrero; pero no vale la pena de retardar el viaje por eso: vamos, que no quisiera por nada en el mundo llegar el último.

La lancha estaba á cincuenta pasos de la posada, y los barqueros no aguardaban mas que á nosotros, el cirujano ya estaba á bordo. Apenas estuvimos en el lago vimos la lancha de sir Roberto á unos quinientos pasos delante de nosotros.

— Un Luis de gratificación, dijo Jollivet á los barqueros, si llegamos á la isla antes que aquella barca.

Dobláronse los barqueros sobre sus remos, y la barquilla se deslizó por las aguas cual una golondrina: la promesa hizo milagros: llegamos los primeros.

Era una isleta de casi setenta pasos de longitud, en medio de la cual el abate Reynal, en uno de sus accesos de libertad filosófica, habia hecho levantar un obelisco de granito para consagrar la memoria de los patriotas de 1308. Primero habia solicitado de los magistrados de Unterwalden erigir aquel monumento en el Grutli; pero le dieron las gracias y le dijeron que era inútil, porque la memoria de sus antepasados no corría riesgo de perderse entre sus descendientes. Habíase, pues, contentado con la isla de Kussnach, y allí habia hecho levantar su monumento, atravesando para mayor solidez con una barra de hierro. Desgraciadamente esta precaución que debia eternizar el monumento, fué la causa de su ruina. Atraído por el hierro, un rayo hizo pedazos algunos años despues el obelisco.

No podia cogerse un lugar mas á propósito para la escena que se preparaba. Era una lengua de tierra mas larga que ancha, en medio de la que se hallaban los restos del monumento del abate Reynal, solitaria enteramente, porque en las crecidas del lago causadas por el deshielo de las nieves, el agua la cubria enteramente.

Acababa yo de examinarla en todas sus partes,

cuando llegó la barca del inglés. Se quedó á la orilla del lago sir Roberto, y sus testigos se adelantaron hácia nosotros: di un paso para salirles al encuentro; pero Jollivet me detuvo por el brazo. Hice señas al alemán de que al momento iba á donde él estaba, y se adelantó en consecuencia á recibir á aquellos señores.

— Una palabra sola, dijo Jollivet.

— ¿Cuál?

— Prometedme que si la suerte nos concede la facultad de arreglar las condiciones del combate, aceptareis las mías, estas serán las de un hombre que no tiene miedo: estad tranquilo.

— Os lo prometo.

— Marchaos ya.

— Adelantéme hácia nuestros adversarios. Sir Roberto les habia prohibido expresamente hacer concesion alguna, de modo que no tuvimos que ocuparnos mas que de los preparativos del combate. Echamos una moneda de cinco francos al aire. Aquellos señores eligieron pistola si salia cara; nosotros espada si salia cruz; la pieza quedó de cara y se adoptó la pistola.

Echóse segunda vez al aire la moneda para saber si se valdrian de las pistolas del inglés, que le eran familiares, ó de las del alemán, que ni uno ni otro habian visto nunca; la suerte favoreció tambien á nuestros contrarios.

En fin, apelóse por tercera vez á la suerte para saber á quién tocaba fijar las condiciones del combate, y la suerte nos fué favorable. Fui á buscar á Jollivet.

— Os batis á pistola, le dije.

— Muy bien.

— Sir Roberto tiene el derecho de elegir sus armas

— Me es igual.

— Ahora os toca fijar el modo de batirse.

— ¡ Ah ! dijo Jollivet levantándose. ¡ Bien ! en ese caso vamos á reirnos. Quiero — puedo decir quiero, porque me habeis dado vuestra palabra — quiero que marchemos el uno contra el otro con una pistola en cada mano, y que la disparemos á discrecion.

— Pero, mi querido amigo...

— Estas son mis condiciones y no aceptaré otras.

Nada tenia que decir; yo habia comprometido mi palabra. Trasmítí mi mision á los testigos de sir Roberto. Fueron á decirselo. Despues de algunas palabras volvió uno de ellos. Sir Roberto acepta, dijo. Saludámonos recíprocamente.

Fui á buscar las pistolas á la barca y las traje; comenzaba ya á cargarlas cuando Jollivet me cogió por el brazo :

— Dejáselas cargar á nuestro amigo el aleman; tengo que decirnos dos palabras.

Para esto nos separamos un poco.

— No tengo á nadie en el mundo, y si soy muerto, por consiguiente nadie me llorará, si no es una pobre muchacha que me ama con todo su corazon.

— ¿ La habeis escrito ?

— Sí, aquí está la carta. Si soy muerto, haced que llegue á sus manos; si salgo herido y no pueden trasportarme á Lucerna, id á buscarla vos mismo, y enviádmela á donde me halle.

— Es decir que vive en esta ciudad.

— Es Catalina, la hija del ama de la posada. La tengo dada palabra de casamiento, y entretanto la pobre muchacha... ya me comprendeis.

— Se hará lo que querais.

— Gracias. Vamos, ¿ estamos ya listos, angelitos? Me volví hácia nuestros adversarios, que aguardaban ya.

— Yo creo que sí, respondí.

— Venga la mano, me dijo Jollivet, y me la apretó.

— Sangre fria.

— Perded cuidado.

En aquel momento se acercó á nosotros el aleman con las pistolas cargadas. Llevamos los dos á Alcides Jollivet á la extremidad de la isleta, y viendo que los padrinos de sir Roberto ya se habian separado de él, nos volvimos á colocar enfrente de ellos, dejando á los dos combatientes á cincuenta y cinco pasos de distancia uno de otro; nos miramos para ver si podia darse la señal, y viendo que nada se oponia á ello, dimos tres palmadas, y al tercer golpe los adversarios se pusieron en marcha.

Seguramente una de las sensaciones mas agudas que se pueden experimentar, es la de ver á dos hombres llenos de vida y de salud, que debieran vivir todavía largos años, que se adelantan el uno contra el otro llevando la muerte en cada mano. En semejante circunstancia el papel de actor es, yo creo, menos penoso que el de espectador, y estoy seguro que el corazon de aquellos hombres que de un momento á otro podia cesar de latir, se hallaba menos violentamente oprimido que el nuestro. Mis ojos se hallaban clavados como por fascinamiento en aquel jóven, que el dia antes miraba solamente como un calavera de bastante mal gusto, y por quien me interesaba en aquella hora como por un amigo. Habíase echado sus cabellos hácia atrás; su cara habia perdido aquella expresion burlona que

le era habitual; sus negros ojos, cuya hermosura solo entonces reparé, estaban clavados atrevidamente en su adversario, y sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes violentamente apretados. Su andar habia perdido su modo vulgar; iba derecho y con la cabeza erguida, y el peligro le daba una poesía que nunca habia sospechado yo en él. El espacio que los separaba iba desapareciendo; ambos llevaban el paso mesurado, igual; ya no se ballaban mas que á veinte pasos el uno del otro. El inglés disparó su primer tiro. Sobre la frente de Jollivet pasó una cosa cual una nubecilla, pero no por esto dejó de andar. A quince pasos tiró el segundo pistoletazo el inglés, y aguardó. Alcides hizo un movimiento, cual si se tambalease, pero siguió siempre adelante. A medida que se iba acercando, su pálido rostro tomaba una expresion terrible; al fin se detuvo á una vara de su enemigo: pero no creyéndose bastante cerca, dió todavía un paso mas y luego otro.

Era imposible soportar aquel espectáculo.

—¡Alcides! le grité: ¿vais á asesinar á un hombre? tirad al aire, ¡voto á Dios! ¡tirad al aire!

—Esto es muy cómodo de aconsejar, respondió el viajero comisionista, desabrochándose la levita, y enseñando su pecho ensangrentado. Vos no teneis como yo dos balas en el cuerpo.

A estas palabras alargó el brazo é hizo saltar la tapa de los sesos al inglés á boca de jarro.

—Me es igual, dijo entonces sentándose sobre una de las ruinas del obelisco, creo que tendré para ras-car algun tiempo, pero al menos he dado pasaporte para la eternidad á uno de esos pícaros ingleses que han hecho morir á mi emperador.....

## PONCIO PILATO.

Sir Roberto quedó muerto en el acto. Se habia trasportado á Alcides Jovillet á Kussnach: yo habia ido á Lucerna para prevenir á Catalina, y seguro de que iba á tener el enfermo quien le cuidase mejor y aun mas eficazmente que yo, alejéme en mi barca que el viento impelia hácia la extremidad opuesta del lago donde se habia verificado el duelo. Nada podia separar de mi memoria lo de que habia sido testigo por la mañana, do quiera que se fijasen mis ojos no veia mas que circulos de sangre. Francescos y yo guardábamos silencio, cuando uno de los barqueros dijo de improviso á su compañero:

—¿No te habia dicho que le sucederia una desgracia?

—¿A quién? dije yo estremeciéndome.

—Al inglés.

—¿Cómo podeis pensar eso?

—¡Oh! ¿veis? eso nunca falta.

—¿El que?

—Cuando se ha visto el Poncio Pilato, mirad. Lo miré.

— Sí, sí. El inglés ha querido subir al monte el viernes, á pesar de todo cuanto se le ha dicho, porque los ingleses son gentes que no creen en nada.

— Adelante, ¿y qué?

— Se ha encontrado con el *maldito* vestido de juez como acostumbra todos los viernes.

— ¿Estais loco, amigo mio?

— No, no está loco, dijo seriamente Francesco, lo que ha dicho es verdad; pero estais obligado á creerlo.

— Tal vez lo creería si lo comprendiese; pero no lo comprendo.

— ¿Sabeis cómo llaman á ese monte rojo y descarnado que tiene tres cumbres en memoria de las tres cruces del Calvario?

— Se llama el Pilato.

— ¿Y de dónde le llaman así?

— De una palabra latina: *Pileatus*, que quiere decir peinado, porque teniendo siempre nubes en su cima, parece que lleva la cabeza cubierta: además está comprobado muy bien por el proverbio que os he oído á vos mismo decir esta mañana cuando os he preguntado qué tiempo tendríamos.

Si Pilato se pone el sombrero,  
Hará un tiempo hermoso y sereno.

— No, señor, no estais bien enterado, dijo el barquero.

— Entonces, ¿de dónde le viene ese nombre?

— De que sirve de sepulcro al que condenó á muerte á Cristo.

— ¿A Poncio Pilato?

— Sí, sí.

— Vamos pues, el P. Brottier dice que está enterrado en Viena, y Flaviano que ha sido arrojado al Tiber.

— Todo eso es verdad.

— ¿Luego entonces hay tres Pilato?

— No, no: no mas que uno, siempre el mismo, únicamente que viaja.

— ¡Diablo! eso me parece bastante curioso; ¿y se puede saber esa historia?

— No es ningun misterio; cualquiera aldeano os la contará.

— ¿Y vos, la sabeis tambien?

— Me han arrullado con ella en la cuna, pero estas historias son buenas para nosotros que somos unos imbéciles, no sirven para vosotros que no las creéis.

— La prueba de que las creo es que habrá cinco francos para beber si me la contais.

— ¿De veras?

— Ahí están.

— ¿Qué hacéis de estas historias, que á tan buen precio pagais?

— ¿Qué os importa?

— Al caso, eso me atañe.

— Pues, señor, sabeis que el verdugo de Nuestro Señor habiendo sido llamado á Roma desde Jerusalem por el emperador Tiberio...

— Yo, yo no sabia eso.

— ¡Bien! pues por eso os lo cuento... Viendo, pues, que por sus crímenes lo iban á condenar á muerte, se ahorcó de las rejas de su prision, de modo que cuando lo fueron á buscar para ejecutar la sentencia lo encontraron muerto: descontento el verdugo de hallar hecho su trabajo, le ató una pie-

dra al cuello y arrojó el cadáver al Tíber. Apenas estuvo en él, cesó el Tíber de correr hácia el mar, y retrocediendo á su nacimiento, cubrió las campiñas é inundó á Roma. Al mismo tiempo estallaron sobre la ciudad tempestades horrorosas, la lluvia y el granizo azolaban las casas, cayó un rayo y mató á un esclavo que llevaba la litera del emperador Augusto (1), el que tuvo tanto miedo que hizo voto de edificar un templo á Júpiter Tonante. Si vais á Roma, lo vereis, todavía existe. Pero como este voto no detenía á los elementos se consultó al oráculo: el oráculo respondió que hasta que no pescasen en el río el cuerpo de Poncio Pilato, continuaria la desolacion y la abominacion.—No habia nada que decir.

Convocaron los pescadores y navegantes; mas ninguno quiso sumergirse para buscar al canalla que tal zambra movía en el fondo del agua. Al fin se vieron obligados á ofrecer la vida á un reo de muerte si salia con la empresa. Aceptó el condenado, y habiéndole atado por el cuerpo con una soga se chapuzó dos veces en el río; pero inútilmente. A la tercera vez viendo que no subia tiraron de la cuerda y volvió á subir á la superficie del agua el reo; pero agarrando á Pilato de la barba. El pescador estaba muerto; pero en su agonía sus crispados dedos no habian soltado la presa que habia hecho en el maldito. Separaron los dos cadáveres, hicieron un entierro magnífico al reo y se acordó que el ex-procónsul de Judea fuese llevado á Nápoles y

(1) Espero que se me creará bastante instruido en historia para que no se me acuse de hacer matar en tiempo de Tiberio á un esclavo que llevaba la litera de Octavio.

arrojado en el Vesubio. Dicho y hecho; pero apenas se halló el cuerpo en el cráter cuando mugió la montaña, se estremeció la tierra, arrojó cenizas el volcan, corrió la lava y Nápoles quedó destruido, sepultado el Herculano y abrasada Pompeya. En fin, como no se dudaba que estas desgracias las ocasionaba el cuerpo de Pilato, se propuso una gran recompensa al que lo sacase de su nueva tumba. Un decidido ciudadano se presentó, y un dia que la montaña estaba mas tranquila, se despidió de sus amigos y marchó á su empresa, prohibiendo que nadie le siguiese, para exponerse solo. La noche de su partida todo el mundo veló; pero ningun ruido se sintió; el cielo permaneció puro, y el sol salió con toda su magnificencia y cual no se habia visto hacia largo tiempo; dirigieronse entonces al monte en procesion, y hallaron el cadáver de Pilato á la orilla del cráter del volcan, sin que nunca, nunca jamás, se haya vuelto á oír hablar del que allí lo habia sacado.

Entonces como no se atrevian á echar á Pilato al Tiber por miedo á las inundaciones, ni arrojarlo al Vesubio por causa de los temblores de tierra, lo metieron en una barca que se sacó al puerto de Nápoles, y abandonada á merced de las olas, pues tan difícil era, á que él fuese á buscar sepultura á donde mejor le conviniese. Soplabá el viento de Oriente y el barco se dirigió á Occidente; pero al cabo de ocho ó diez dias sopló de Mediodía, y el barquillo navegó hácia el Norte. Por último, entró en el golfo de Lyon, halló una de las bocas del Ródano, y subió rio arriba, hasta que hallándose cerca de Viena en el Delfinado el arco de un puente antiguo cubierto por el agua, se hundió la barca.

Entonces se renovaron los mismos prodigios, alborotóse el Ródano, y saliendo de madre, cubrió los vecinos campos: el granizo destruyó las casas y viñedos á donde no llegaron las aguas del rio, y los rayos cayeron en las habitaciones de los hombres. Los vieneses, que no sabian á qué atribuir aquel cambio de la atmósfera, edificaron templos, hicieron peregrinaciones, dirigiéronse á los adivinos mas sabios de Francia é Italia, y ninguno pudo decir la causa de las desgracias que afligian aquellas comarcas. En fin, la desolacion de doscientos años. Al cabo de este tiempo, se oyó decir que el judío errante iba á pasar por allí, y como era un hombre muy sabio, en atencion á que no pudiendo morir tenia toda la ciencia de los pasados tiempos, los principales del país determinaren acechar su paso, y consultarle sobre los desastres, cuya causa ignoraban. De que el judío errante ha pasado por Viena no cabe duda alguna.

— ¡Pardiez! ¿qué duda ha de haber? dijo interrumpiendo el barquero.

— Ya lo veis, repuso radiante mi hombre.

— Y la prueba, continuó, es un romance que se ha hecho con un grabado representando su verdadero retrato, y en el que hay estas coplas:

Al pasar por la ciudad  
De Viena en el Delfinado  
Diz que al errante judío  
Los vieneses consultaron.

— Sí, se les ve en el fondo pintados con el sombrero en la mano... dijo el barquero.

— Pues bien... Meri y yo hemos pasado una noche y un dia en buscar lo que los ciudadanos de

Viena podian tener que decir al judío errante: cosa muy sencilla, nada, debieron preguntarle qué significaban los truenos, la lluvia y el granizo...

— Justamente.

— ¡Bien! amigo, os estoy agradecido: hé aqui aclarado un famoso punto histórico: vamos, vamos adelante.

— Rogaron, pues, al judío que les librase de tanta plaga: el judío errante consintió, convidáronle á comer; pero como no podia detenerse mas de cinco minutos en cada lugar, y hacia ya cuatro que hablaba con los habitantes de Viena, bajó hácia el Ródano, echóse al agua vestido y todo, y á poco volvió á aparecer con Pilato á cuestas: la gente le siguió llenándole de bendiciones. Sin embargo, como él caminaba muy aprisa, los que le seguian le dejaron á dos leguas de la ciudad, diciéndole que si alguna vez le llegaban á faltar los cinco sueldos que constituyen su único patrimonio, ellos se los darian de renta. El judío errante les dió las gracias y continuó su camino bastante embarazado de lo que haria de su antiguo conocido Poncio Pilato, con él á cuestas.

Dió la vuelta al mundo pensando dónde podria colocarlo, y sin poder hallar nunca un sitio conveniente porque por todas partes se podian repetir las desgracias que habia ya causado; por último, atravesando por el monte que veis, el cual en aquella época se llamaba Fracmont (*Mons fractus*), creyó que podria hacer su negocio. En efecto, casi en la cumbre, en medio de un espantoso desierto y sobre un álveo de rocas y pañascos se extiende un pequeño lago que no alimenta ser viviente alguno, sus orillas no tienen ni cañas ni árboles. El judío errante subió á la cima del Esel, que desde aquí veis,

y es el mas agudo de los tres picos, desde donde en los dias serenos se descubre hasta la catedral de Strasburgo, y desde allí arrojó á Poncio Pilato al lago.

Apenas estuvo en él cuando se oyó en Lucerna un estruendo al que no estaban acostumbrados, parecia que rugian en la montaña todos los leones del Africa, todos los osos de la Siberia y todos los lobos de la Selva Negra. Desde aquel dia las nubes que antes solian pasar de largo, se detuvieron encima de ella, y llegaban de todos lados cual si se hubiesen dado cita allí; esto hacia que descargasen sobre Fracmont todas las tempestades y dejasen tranquilo lo restante de la comarca. De esto proviene el refran que me decíais :

Quando Pilato se pone el sombrero,  
Estará el tiempo hermoso y sereno.

— Es claro, y aunque así no fuese, prefiero esta historia á la otra.

— ¡Oh! ¡pero es que es una historia verdadera!

— Pero si os digo que la creo.

— Es que teneis aire de...

— Yo no tengo aire de nada.

— Enhorabuena, porque sino, seria inútil continuar.

— Vamos, continuad, cuando digo que lo creo de todas veras.

— Esto duró sobre unos mil años : Pilato hacia siempre de las suyas; pero como la montaña dista de la poblacion tres ó cuatro leguas, no habia gran incomodidad, y lo dejaban estar; únicamente cuan-

do se acercaba al monte algun aldeano ó aldeana que no estuviese en gracia de Dios, Pilato le echaba la garra y buenas noches.

En fin, un dia (estó fué al principio de la reforma, hace ya tres ó cuatrocientos años) pasó por allí un templario español que venia de Tierra Santa y que buscaba aventuras, el que habiendo oido hablar de Poncio Pilato, quiso habérselas con él. Pidió al avoyer (magistrado) que le permitiese tentar su aventura, y como no se deseaba otra cosa, se lo permitieron con el mayor gusto. La víspera del dia señalado para la expedicion, el caballero templario confesó y comulgó, pasó la noche en oracion, y el primer viernes de mayo de 1531, ahora me acuerdo del año, se puso en camino hácia el monte, acompañándolo hasta Stenibach todo el pueblo en masa. Stenibach es este lugarcillo que acabamos de pasar. Algunos mas valientes que los demás le siguieron hasta Nergiwel; pero allí le abandonaron todos, y solo continuó su camino llevando por todas armas su espada. Apenas llegado al monte, encontró un torrente furioso que le cerraba el camino: lo sondeó con una rama de un árbol, y vió que era muy profundo para vadearlo; buscó paso por todas partes, y no pudo encontrarlo; entonces se puso en oracion, y al terminar su oracion levantó les ojos y vió un magnífico puente colocado allí por la mano del Señor, por el cual pasó atrevidamente al otro lado. Apenas habia dado tres pasos, cuando volviendo la vista hácia atrás para ver el milagroso puente, ya habia desaparecido aquella obra.

Una legua mas adelante: y cuando acababa de penetrar en una garganta estrecha y rápida, que conducia á la llanura de la montaña en donde está el lago, oyó sobre su cabeza un horrible ruido, al

mismo tiempo sintió vacilar en su base la masa de granito, y vió venir hácia él un alud, que precipitándose semejante al rayo, llenaba toda la garganta y rodaba dando saltos cual si fuese un río de nieve. El pobre templario no tuvo tiempo mas que para doblar la rodilla y decir : « Señor, Dios mio, tened piedad de mí. » Mas apenas hubo proferido estas palabras, cuando partiéndose de por medio aquella grande mole, pasó por sus lados con un estrépito horroroso, y fué á sepultarse en el abismo de la montaña.

El último y mas terrible obstáculo fué el que tuvo que vencer al llegar al rellano. Era el mismo Pilato en traje de guerra, llevando por arma en la mano un pino sin ramas que le servia de clava.

El encuentro fué terrible, y si subís á la montaña, todavía podreis ver el sitio donde pelearon los dos adversarios. Todo un dia y toda una noche combatieron y lucharon, y la roca ha conservado las huellas de sus piés. En fin, triunfó el campeón de Dios, y generoso en su victoria, ofreció á Pilato una capitulación que fué aceptada. El vencido se comprometió á mantenerse tranquilo en el lago seis dias de la semana, con condicion de que el séptimo, que seria el viernes, pudiese salir vestido de juez tres veces se queria. Como el cumplimiento del pacto se puso sobre un pedazo de la verdadera cruz. Pilato se vió obligado á ejecutarlo punto por punto.

En cuanto al vencedor, bajó de la montaña y no volvió á encontrar mas ni el alud ni el torrente que eran obras del demonio, y que habian desaparecido con su poder.

Entonces el consejo de Lucerna tomó la decision de que nadie fuese al monte el viernes, porque en este dia la montaña pertenecia al réprobo, y el tem-

plario habia previsto que los que llegasen á ver lo morirían dentro del año.

Durante trescientos años se observó esta costumbre, y ningun extranjero podia subir al Pilato sin permiso de la autoridad, y este permiso no se daba jamás para el viernes, en cuyo dia no iban tampoco los pastores, que prestaban juramento cada año de hacerlo así. Hasta el año 1799, durante la guerra de los Franceses, se llevó á efecto la prohibicion; pero desde entonces acá va quien quiere y cuando quiere á ver á Pilato; pero hay muchos ejemplos de que el verdugo de Cristo no ha renunciado á sus derechos.

Así, cuando el jueves último el inglés envió á buscar un guia para decirle que estuviese listo al dia siguiente por la mañana, este le contó la historia que acabais de oír; pero sir Roberto se rió y burló de ella, y sin escuchar á nadie emprendió su subida, á pesar de que el guia le previno que él no pasaria del lago.

En efecto, un cuarto de legua antes de llegar á la meseta del monte, Nicklaus, que es un hombre muy prudente y religioso, se detuvo, y se puso á rezar. El inglés continuó su camino, y dos horas despues volvió pálido y desencajado el rostro. Por mas que dijo que aquello provenia del hambre que tenia por haber dejado á Nicklaus el pan, el vino y las pollas, en vano comió y bebió con gran apetito; lo cierto es que Nicklaus quedó convencidísimo de que no el hambre, sino el susto de haber encontrado á Pilato era lo que le tenia pálido y desfigurado y que de consiguiente, debia morir dentro de aquo mismo año. El guia pensó que debia avisar á sir Roberto y manifestarle el peligro que corria para que arreglase sus asuntos; el inglés se echó

á reir; pero habeis visto si Nicklaus tenia razon.

Al acabar esta última frase, mi barquero levantó el remo y desembarcamos en Stantard. Al punto me puse en camino para Stanz, á donde llegué despues de una hora de camino.

Lo primero que hice al entrar en la posada de la Corona fué escribir á Mery, y decirle que ya sabia lo que los habitantes de Viena tenian que decir al judío errante, y que de todo le daria parte á mi regreso á París.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## ÍNDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.

Los osos de Berna . . . . .	5
Primera expedicion en el Oberland. — El lago de Thun .	30
Segunda expedicion en el Oberland. — El valle de Lauterbrunnen . . . . .	44
Tercera expedicion en el Oberland. — Paso de la Vengenalp . . . . .	57
El Faulhorn . . . . .	71
Rosenlawi . . . . .	89
Los baños de Louèche . . . . .	127
Obergeslen . . . . .	139
El monte Gemmi . . . . .	107
El puente del Diablo . . . . .	158
Werner Stauffacher . . . . .	174
Conrado de Baumgarten . . . . .	187
Guillermo Tell . . . . .	205
Guessler . . . . .	218
El emperador Alberto . . . . .	237
Paulina . . . . .	246
Historia de un burro, de un hombre, de un perro y una mujer. . . . .	256
Historia del hombre . . . . .	269
Historia del perro . . . . .	281
Historia de la mujer . . . . .	289
Un conocimiento de posada . . . . .	299
Las gallinas de Mr. Chateaubriand . . . . .	311
El Righi . . . . .	324
Alcides Jollivet . . . . .	340
Poncio Pilato . . . . .	333